

Fátima: normalidad

Por Isidoro Moreno

La peregrinación nacional portuguesa a Fátima ha tenido lugar, como todos los años, dentro de la más completa normalidad. Muchos habían sido los rumores, e incluso los hechos, que precedieron a la celebración, dando pie a toda clase de temores sobre su normal desarrollo.

Pero, como bien se ha demostrado, democracia y religiosidad no son, en modo alguno, realidades excluyentes. Por el contrario, todos deberíamos ser conscientes de que para que cada persona pueda expresar libremente sus convicciones religiosas se necesita una verdadera democracia que garantice la libre expresión de las ideas que la conciencia de cada uno pueda dictar, sin que el pertenecer a tal o cual confesión, o a ninguna de ellas, signifique privilegio u obstáculo para el ejercicio de las funciones sociales que cada individuo debe poder desempeñar.

Desde luego, existían en el país vecino, como también hay en otros, fuerzas económicas y políticas directamente interesadas en confundir a una gran parte de la opinión presentándole como una alternativa sin paliativos la elección entre el mantenimiento de su sentido religioso y el apoyo a la nueva situación de democracia política.

La artimaña es vieja y ha sido utilizada, por desgracia con buen éxito, en repetidas ocasiones. Su objetivo es el de convencer a los creyentes de que la sociedad se divide fundamentalmente en dos grandes grupos: quienes poseen convicciones religiosas y quienes no. Y de que, además, este hecho enfrenta a unos y otros irremediabilmente en todos los terrenos.

Con lo que se intenta encubrir el verdadero núcleo de la cuestión: que los dos campos antagónicos están constituidos, respectivamente, por quienes luchan por una sociedad más justa y por quienes se empeñan en dificultar su alumbramiento o desarrollo. Suficientes veces estos últimos han conseguido instrumentalizar la fe del pueblo en beneficio de sus propios intereses particularistas como para que los creyentes se dejen engañar hoy al respecto. Máxime cuando, como ahora, muchos de ellos se encuentran, codo con codo junto a hombres de otras diferentes ideologías, en la primera línea de la lucha contra la injusticia y en favor de las aspiraciones populares.

En Fátima, como otras veces, se dieron cita este año varias decenas de miles de personas. Y los actos religiosos se celebraron con toda normalidad, sin que se diera ocasión, en ningún momento, a que fueran aprovechados para fines contrarios a los que se ha marcado la inmensa mayoría de los portugueses, creyentes o no, tras su ya cerrado medio siglo de humillante dictadura.

Claro que la obtención de esa normalidad fue fruto tanto de la madurez religiosa y política de los fieles, que no estuvieron dispuestos a tolerar que sus convicciones fueran manipuladas para la obtención de objetivos reaccionarios, como por la eficaz labor de las actuales fuerzas del orden portuguesas, que, días antes de las celebraciones, desarticularon —según informaciones de la agencia Efe— un plan preparado para hacer explotar una bomba durante los actos religiosos culpando del hecho a grupos de izquierda.

El descubrimiento del criminal atentado no ha hecho sino poner de manifiesto que democracia política y religiosidad no sólo no están reñidas, sino que pueden complementarse y hasta reforzarse mutuamente, ya que en un orden social que no garantice las libertades de expresión, reunión y asociación de manera eficaz y permanente difícilmente podrá existir una verdadera libertad religiosa.